



FAMOSOS ROMANCES DEL GIGANTE CANANEO SAN CRISTOBAL.

Dáse cuenta como por orden de Jesucristo fué á predicar á los gentiles, y convirtió á cuarenta y ocho mil personas; como fué martirizado, y en su muerte se convirtió el Rey con ochenta mil personas de su reino, con otras particularidades que verá el curioso lector.

O Montaña de virtudes!
ó fuerte Pilar del cielo!
ó lucido Peregrino!

ó famoso Cananeo!
hoy intenta mi discurso,
con vivo y ardiente celo,

referir á mi Auditorio,
 desde vuestro nacimiento,
 hasta el fin de vuestros dias
 maravillosos portentos.
 Ea, lengua no te turbes,
 ea, rudo entendimiento,
 no desmayes, ea pluma,
 levanta pronta tu vuelo.
 Era esta famosa Torre
 de su nacion Cananeo,
 y el Rey Dagno le eligió
 por General de su Ejército,
 al cual sirvió algunos dias
 ocupado en este empleo,
 y viendo que este no era
 el camino verdadero,
 dejó el servir al Rey falso,
 y á servir fué al Rey del Cielo,
 dijole al Rey: gran Señor,
 ahí tencis el baston vuestro
 pues de verdad no soy yó,
 para servir el empleo.
 Se parte con diligencia
 por inspiracion del Cielo,
 peregrinando y pensando
 cual era el Dios verdadero,
 lleno de mil confusiones
 y sùtiles pensamientos
 se le apareció el Demonio
 en forma de Caballero,
 y le dijo estas palabras:
 Adónde vas, Cananeo?
 Quien eres? le replicó,
 y le respondió diciendo:
 Yo soy el mayor Señor,
 que vengo en tu seguimiento,
 y así si quieres seguirme,
 lograrás todo tu intento.
 En qué forma, le replica,

eres tú superior dueño
 del mundo? Y le dijo: sí,
 que á mí todo está sujeto:
 entónces dijo el Gigante,
 solo servirte pretendo,
 pues he venido á lograr
 lo que apetece el deseo,
 vamos donde tú quisieres.
 Dijo el Demonio: pretendo
 que crucemos este monte,
 para lograr cierto intento.
 Se subieron por el Monte;
 pero (¡ó poder supremo
 de Dios Todopoderoso,
 que con tus justos secretos
 superiores libertaste
 de multitud de tormentos
 á este famoso Gigante!)
 y fué que estando en el medio
 del monte se abrió una peña,
 y se descubrió el madero
 y superior Estandarte
 donde murió Cristo mesmo,
 y el Demonio amedrentado,
 pasmado, turbado y ciego
 se quedó, cuando el Gigante
 volvió su rostro sereno,
 y le dijo: De qué tiemblas?
 dime de qué tienes miedo,
 si tú solo, dices, eres
 del mundo superior dueño?
 Luego tiene mas poder
 que tú este fuerte madero,
 y así tú me has engañado,
 que no eres Dios verdadero,
 que en Dios no cabe temor,
 y tú temblando de miedo,
 corrido, inmóvil, pasmado
 te has quedado en un momento,

y no te quiero seguir,
 que eres falso y embustero.
 La vista inclinó el Gigante
 al Estandarte Supremo,
 y oye que le dice un Angel:
 Cananeo, Cananeo,
 alientate, y no le sigas
 á ese malvado y horrendo
 Demonio, que te despeñas,
 y advierte que este madero
 es el mismo en que murió
 Cristo Rey de Tierra y Cielo,
 el que ha de juzgar al mundo,
 el que es el Dios verdadero,
 baja á la orilla del Rio
 y encontrarás al momento
 un Ermitaño, y él mismo
 te dará los documentos
 favorables á tu alma,
 para que ganes el Cielo,
 con esto quedáte en paz,
 y desapareció luego.
 Mirando aqueste prodigio,
 de gozo el Gigante lleno
 sin detenerse se parte,
 y dentro de breve trecho
 ha encontrado al Ermitaño
 y le ha contado el suceso.
 Ocupóse allí el Gigante
 en cruzar los pasajeros
 en sus superiores hombros
 aquel Rio tan soberbio,
 así pasó muchos dias,
 siempre imaginando atento,
 y pensando discursivo
 en el Dios mas verdadero,
 y estando un dia en su choza
 oyó decir: Cananeo,
 con presteza se levanta

por si es algun pasajero,
 y en la puerta de la choza
 encontró un Niño tan bello
 que parece un querubin
 bajado del mismo Cielo,
 con la túnica morada
 vestido de Nazareno.
 ¿Quién eres, Niño; le dice,
 á donde vas, Niño tierno,
 tan hermoso y tan bizarro,
 que entre volcanes de fuego
 se me abraza el corazon,
 y no sé la causa de ello?
 dijo el Niño: Si me quieres
 pasar el Rio, prometo
 pagarte con el amor
 que se coloca en mi pecho;
 voy á buscar á mi Padre;
 que vive de aquí muy lejos.
 Tomólo al hombro el Gigante,
 y dentro de poco trecho
 le pareció se le hundia
 de su valor el cimientó.
 Entre sudado y confuso
 le dice: Niño, que es esto,
 que es tanto el peso que tienes
 que los dos pereceremos
 en las soberbias corrientes
 de este terrible Elemento?
 Cuanto mas anda mas pesa,
 y dice ya sin aliento:
 Cristo valme, y lo que pesa.
 Y entonces el Niño bello
 respondió: ese es tu nombre,
 por que desde hoy pretendo
 que te intitules Cristóbal,
 y que seas Misionero
 de mi Ley, Cristóbal mio,
 para que vengas al Cielo,

y sabe que yo por tí
 dí la vida en un madero
 y que soy el mismo Dios
 á quien buscas con tal celo.
 Predica mi Ley Sagrada
 al Rey y á los de su pueblo,
 y vendrás á poseer
 el Palacio Real del Cielo,
 coronado de laureles,
 Cristóbal, que te prevengo,
 en esto quédate en paz,
 y descendiendo ligero
 de los hombros de Cristóbal,
 desapareció de un vuelo,
 dejando maravillado
 á esta montaña de Nervios,
 é hincándose de rodillas
 con mas varonil esfuerzo
 que nunca, dijo: Ay mi Dios,
 y que prodigios son estos!
 viva la Ley de JESUS,
 viva el hermoso portento,
 que por libertar mi Alma
 dió su Vida en un madero.
 Viva el Real estandarte,
 viva la Llave del Cielo
 viva MARRÍA Sagrada,

Madre del divino Verbo,
 viva la esposa famosa
 del Santo Espíritu escelso,
 viva el Padre Soberano,
 viva el Hijo verdadero,
 viva el Espíritu Santo,
 viva la Côte del Cielo.
 Al momento se levanta,
 y vá á la choza ligero,
 y le dice al ermitaño
 estas palabras muy tierno:
 á Dios amada compañia,
 á Dios, dulce compañero,
 que me voy á predicar
 la Ley del manso Cordero.
 Tiernamente se despide,
 le abraza con brazos tiernos,
 y Cristóbal se partió
 á conseguir su buen celo.
 A la Ciudad se encamina,
 á donde lo dejaremos
 predicando á los Gentiles
 la Ley del Dios verdadero.
 Y en el segundo romance,
 si me lo permite el Cielo,
 ofrezco finalizar
 la vida del Cananeo.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

Dáse cuenta de los prodigios que hizo en la predicacion del Evangelio, y los crueles tormentos que padeció este glorioso mártir de la religion cristiana.

Ya dije en la primera parte, noble auditorio discreto, como Cristóbal quedaba predicando muy contento la ley Sagrada de Cristo, y dentro de breve tiempo, convirtió cuarenta y ocho mil personas de aquel pueblo. Llegó la noticia al Rey, y con gran rabia y veneno, solícito y cuidadoso al punto mandó prenderlo. Cristóbal de que lo supo al palacio fué derecho, y comenzó á predicarle sin temor y sin rezelo. Vió un altar bien adornado, y á un Júpiter puesto en medio:

le cogió de la cabeza con su varonil esfuerzo, y lo hizo mil pedazos sin detenerse en el suelo. El Rey dijo: Ola, prendedle que ese es mucho atrevimiento. Aquí empiezan las fatigas, aquí empiezan los tormentos, pero ó Supremo Dios! que cuando á prenderle fueron todos quedaron turbados cuando delante estuvieron. En fin, Dios le dió licencia, y á Cristóbal lo prendieron, métenlo en un calabozo muy lóbrego y muy horrendo, y al capo de pocos dias el Sacerdote del pueblo

dijo al Rey, que argüiria
 solo con el cananeo.
 Lo sacan de la prision,
 y en presencia del Rey mesmo
 el Sacerdote arguyó
 con nuestro gran misionero.
 Le saca mil falsedades,
 le propone mil enredos,
 le dijo que Jesucristo
 no era Dios verdadero.
 Cristóbal de que esto oyó,
 dijo: mientes, embustero,
 que Cristo murió en la Cruz
 por librarnos del Infierno,
 y se encarnó en las entrañas
 de María gran portento!
 y el Espíritu asistió
 por obra del Padre Eterno,
 y así viva Jesucristo,
 y mueran los dioses vuestros:
 Cristo viva y Cristo reine,
 que este es el Dios verdadero,
 y por Cristo pasará
 mil fatigas y tormentos.
 Al oír estas palabras
 alzó la mano un perverso
 y á Cristóbal le tiró
 un bofetón (que tormento!)
 Mandó el Rey con gran soberbia
 que amarrado en un madero
 le dieran tantos azotes
 que se lo dejaran muerto.
 Obedecen al mandato,
 y con impiedad le dieron
 mas de cinco mil azotes,
 pero ó permiso del Cielo!
 que cuando azotado estuvo,
 luego ante el Rey lo volvieron,
 sin tener una señal

del castigo que le dieron,
 las manos atrás atadas
 y una soga puesta al cuello.
 El Rey se maravilló
 y en altas voces diciendo:
 Justicia, Júpiter mio,
 que este hombre es hechicero.
 Vayan y no se detengan,
 y una corona de hierro
 hecha ascua han de traer,
 y pónganla en su cerebro.
 Al punto lo ejecutaron,
 (¡pero ó sacro Rey del Cielo,
 que quisisteis que Cristóbal
 no pasase este tormento!)
 y viendo el malvado Rey
 que no le agraviava el fuego,
 rasgando sus vestiduras,
 despedazándose el mesmo,
 dice: llevar esta fiera
 y sujetarla á un madero
 y asaetarlo allí,
 y si no es bastante esto
 para que acabe su vida,
 con los filos de su acero
 le cortareis la cabeza,
 para que acabe mas presto;
 que me voy á aquel balcon
 que desde allí quiero verlo.
 Lo ejecutaron así,
 y salieron los flecheros
 para quitarle la vida
 á este segundo Cordero.
 Le apuntan con la ballesta,
 y sale la flecha huyendo,
 y fué á pegaren el ojo
 del Rey que lo estaba viendo;
 con mas soberbia que nunca
 se levantó echando fuego

por la boca, y por los ojos
 centellas de vivo incendio.
 Arrojóse con la espada
 para darle muerte él mismo;
 mas al levantar el brazo,
 ó maravilla, ó portentoso!
 de la guarnición se sale
 la oja ella misma huyendo,
 por no ofender á Cristóbal,
 que aun de morir no era tiempo.
 Y viendo el Rey que no halla
 para Cristóbal tormento,
 manda que en unas parrillas
 le pongan y le echen fuego,
 para que muera abrasado.
 Mas ó prodigio supremo!
 despues de tantos martirios,
 hasta el fuego tuvo miedo,
 que se apagó de improviso
 sin ofenderle en un pelo.
 Y ya echada la sentencia
 del Supremo Rey del Cielo,
 que el laurel y la corona
 tiene prevenido á un tiempo,
 le dió licencia á la muerte,
 y á Cristóbal le dió esfuerzo,
 por segunda vez le vuelven
 á amarrar en el madero
 entre dos santas mujeres,
 que juntas con él murieron.
 Pero el famoso Cristóbal
 alzó los ojos al Cielo,
 ardiendo en amor de Dios,
 estas palabras diciendo:
 Poderoso Redentor,
 humilde y manso cordero,
 que con tu preciosa Sangre
 redimiste el Universo,
 no es lo que siento el morir,

solo siento, amado Dueño,
 que no muera como Vos,
 enclavado en un madero.
 No siento, no siento nada
 de todos estos tormentos,
 pues por mí pasásteis mas,
 Redentor y amado dueño,
 muero gozoso por ir
 á gozar de vuestro Reino.
 Con esto le dan un golpe
 con el cuchillo en el cuello,
 razgando sus blancas venas
 la roja sangre vertiendo.
 Bramó el mar, tembló la tierra,
 el Sol hizo mil estremos,
 y arrojando gruesas peñas
 los montes se destruyeron,
 y entre celestiales nubes
 con sonoros instrumentos,
 dos Angeles muy hermosos
 lucidos bajan del Cielo
 con la corona y la palma,
 que en sus sienes le pusieron;
 mas esto no fué bastante
 para aplacar lo soberbio
 del Rey, que con mayor rabia
 á Cristóbal fué derecho
 para beber de la sangre
 que están sus venas vertiendo,
 Pero ó poderoso Dios!
 mas ó famoso portentoso!
 pues apenas llegó el Rey
 á tocar el coral terso,
 la flecha se le cayó
 sin hacerle movimiento
 de ira, y se encontró sano.
 Y reconociendo el yerro,
 en altas voces publica:
 viva, viva el Cananeo,

viva el Apóstol de Livia,
 viva el hermoso portento
 de Cristóbal, viva Cristo,
 vivan los Sacros Misterios
 de la Fé de Dios sagrada,
 viva el Dios de Tierra y Cielo.
 Mandó que por las ciudades
 que sujeta su gobierno,
 observen la Ley de Cristo,
 y así mismo todo el pueblo,
 dice: viva Jesucristo,
 que es el Dios verdadero,
 viva la Iglesia sagrada,
 y entonces se convirtieron

mas de ochenta mil personas,
 y á Jesucristo siguieron.
 Y pues, Apóstol famoso,
 que con tu superior celo
 os encontrais colocado
 en el palacio supremo,
 alcánzanos del Señor
 gracia, y que despues logremos
 con vuestro favor y ayuda
 subir triunfantes al Cielo.
 Y el poeta muy humilde
 á su auditorio discreto
 pide perdon de la faltas,
 que estos romances tuvieron.

Fin.

CARMONA.—1865.

Imprenta y lib. de D. José M. Moreno, calle Madre de Dios núm. 1.